

CONFERENCIA de ÁNGEL GABILONDO.

AMOR Y DIÁLOGO EN PLATÓN

Antes de entrar en el análisis de la obra, el profesor Gabilondo hizo algunas consideraciones a modo de introducción.

En primer lugar, recordó el significado del término *filosofía*, amor (*philía*) a la sabiduría (*sophía*), para reparar en que lo importante es esa *philía*, ese amor o búsqueda, y que, finalmente, la *sophía* venía a serlo de la propia *philía*, o sea, *sabiduría del amor*. Y buscamos esa sabiduría, ese amor para ser más bellos, para ser más queridos. Sócrates, en una ocasión, no había dado crédito a la fama de la belleza de Teeteto, pues cuando se había encontrado con él no le había parecido bello. Pero después de oírle hablar, entonces, por su decir, por lo que en este es muestra de una forma de vida, sí le pareció en verdad bello. “*El verdadero hablar es la vida que llevamos, la palabra de cada uno es la manera de vivir. Somos artesanos de la belleza de nuestra propia vida*”- afirmó Gabilondo.

Llamó la atención acerca del valor y efecto de *la palabra*, del *diálogo* con los otros, de esos de los que no nos es fácil darnos cuenta. El otro es lo que llevó a Platón, en el *Sofista*, a modificar su concepción del ser, pues lo que hasta ese momento denominaba no-ser era, en realidad, el ser otro. No-ser es un pasar a ser otro.

Y también destacó, en relación directa con ello, el valor de *la lectura*. “*Leen sólo aquellos que se quieren a sí mismos pero no se gustan. Los que no se quieren a sí, son un poco peligrosos, y éstos y los que se quieren y se gustan, no necesitan leer*”. Pues, en realidad, leemos para ser otros, para introducir cambios en nuestra forma de ser. Todo lo que hacemos en nuestra vida, en realidad, es para ser queridos -al menos esto es lo que Gabilondo decía haber descubierto en sí mismo. Y el saber querer no es fácil de aprender, y es lo que verdaderamente importa.

Empezó el análisis de *El Banquete* de Platón, refiriéndose a esa especie de “Prólogo” de la obra en que a Apolodoro le preguntan por un banquete (*sympósion*) que hubo en casa de Agatón en que se habló del amor, y participaron Sócrates, Erixímaco y otros. Destacó Gabilondo este ejercicio de la *memoria* – verdadero sujeto del diálogo-, en que uno cuenta a otro algo que a él, a su vez, le han contado, pues Apolodoro, en realidad, no ha asistido a ese banquete, a él se lo transmitió Aristodemo. Esa, es, por otra parte, una característica recurrente en los diálogos platónicos. Y esto sucedía en el camino hacia la *polis*; la ciudad está a la vista – símbolo de que la reflexión no está al margen de la comunidad. El hombre, decía Aristóteles, es un animal de *lógos*, de palabra, y no de mera *voz*, y con ella es capaz de expresar lo justo e injusto. Cuidarse de sí y de los otros es cuidar de las palabras. Cada palabra puede introducir algo en el

mundo, incluso la injusticia. El auténtico mentir está no en decir lo contrario de lo que pensamos sino en no vivir de acuerdo con lo que pensamos y decimos. Apolodoro, en ese camino hacia la ciudad, habría relatado a su interlocutor, Glaucón, aquel banquete, aquella reunión que tuvo lugar hace tiempo.

Y ahora Apolodoro se ve de nuevo obligado a contar aquel mismo banquete a otros que igualmente le inquietan por él. Les relata el banquete habido, y lo hace de manera apasionada pues está convencido de que ocuparse de estas cosas y reflexionar sobre ellas (filosofía) es en lo que mejor puede uno emplear la vida, y no en dedicarse a obtener riquezas y demás, aunque los que se dedican a esto último crean hacer algo de provecho, cuando en realidad no son sino uno desgraciados.

Si Aristodemo - el que narró la sesión al mismo Apolodoro- pudo asistir a aquel banquete fue por que un día se encontró casualmente con Sócrates, que iba camino de él, y le invitó a unirse, y ya en la conversación que se suscitó entre ambos puede decirse -según interpreta Gabilondo- que el amor entre los amigos se hacía presente. El amor en Platón no es algo que va de uno a otro, de un yo a un tu, sino lo que se da entre los que juntos se encaminan hacia algo, luchan por algo. Y aquí van, camino del banquete en casa de Agatón, conversando estos dos amigos, Aristodemo y Sócrates.

La llegada de Sócrates a casa de Agatón supone el paso de la sabiduría que el mismo simbolizaba, a un espacio de pluralidad de voces, a la filosofía. Ya en el banquete, primero se había acordado beber moderadamente, además, algunos estaban de resaca. Erixímaco propusiera un tema para que cada uno discursara sobre él: el amor (*Eros*). Y así Apolodoro fue rememorando el discurso de cada uno:

- El de Fedro, que había dicho que Amor era el dios más antiguo y también el mejor para hacer que la virtud emergiese.
- El de Pausanias, que hablaba de dos dioses, una manera de amar con rectitud y belleza (el amor hijo de Urania, el cielo) y otra sin ella (el eros de Afrodita); no debe confundirse el gusto con el deseo, y éste con las ganas.
- El del médico Erixímaco, quien se mostró de acuerdo con Pausanias en distinguir dos tipos de amor, que el formula como el moderado y el incontinente. La medicina conoce los deseos amorosos, y trata de hacer surgir la concordia entre elementos opuestos (frío/calor, amargo/dulce) en el cuerpo, y, del mismo modo entre los eros opuestos, como hace la música con los sonidos, de los que nace la armonía. La salud es concordia, como la amistad. Es pleno cuando se unen eros y justicia.
- Aristófanes -que aun conserva el hipo, y Platón es capaz de reflejarlo en la elección de las palabras, algo que sólo puede apreciarse en griego- dijo que Eros era uno, el andrógino, mitad hombre, mitad mujer. Pero hubo una escisión, y ahora debe recuperarse la unidad perdida. Cada sujeto consciente de su incompletitud busca la parte que falta a su naturaleza, para ser feliz.
- Agatón dijo que Eros era prudente, sabio, hermosos y armónico, el causante de todos los bienes. *Eros* es acuerdo, concordia (lat.: *cor*, *cordis*, corazón).

De hecho la discusión fue pasando del punto acerca de si amor era una unida o dualidad, un dios o varios, a la idea del amor como concordia, acuerdo.

- Sócrates dijo que sería excesivamente orgullosos pretender hablar como si fuera sabio, que de esto él sabía poco. Aprovechó el paso Gabilondo para señalar que lo importante, como decía Heráclito, no es lo que dice este o aquel individuo sino lo que dice el *logos* mismo que se trasluce en ese hablar o en el diálogo. Para Sócrates el amor une a dioses y hombres; y tiene días bellos y otros menos, unos días es sagaz y encantador, y otros vaga pobre. Es hijo de Penia (pobreza) y Poros (recurso); es eso que está en el medio entre unos y otros, es un *entre*. Como el amor también la filosofía es un “entre”, pues no transcurre ni en el interior oscuro de la caverna platónica ni en el exterior luminoso, ni dentro ni fuera, ni ignorancia, ni sabiduría, capaz de ver en ambos espacios. El amor es un entre, pues, y sucede “de repente” (*exaiphnes*) donde uno se encuentra. En Platón, comentó Gabilondo, es recurrente la utilización del *exaiphnes*, y siempre anuncia algo importante, que se viene preparando cuidadosamente.

En esto, “de repente”, se oye un alboroto, entra Alcibíades con otros que vienen de juerga. Después de descubrir a Sócrates, dice, pues yo no voy a hablar del amor sino de ti, me gustas por como eres, por como hablas, por tu forma de vivir, y cuando acabó de hablar le abrazó y le besó. Ahí se produce un cambio, se inicia otra forma de filosofía, aquello de que se habla pasa al interior del propio sujeto, pues del amor se ha pasado al enamorado. Es desde el amor que se puede hablar. Y es más importante hablar como enamorado que hablar del amor, más importante el cómo que el qué. Como en la filosofía, solo desde el *logos* se es filósofo, no porque se hable del *lógos*.

Después de este repaso por el diálogo de Platón, Gabilondo apeló a que si alguien amaba amar era aconsejable que leyera y escribiera. Y pasó a enlazar este diálogo con el titulado *Fedro*, donde en la parte final se hace la pregunta: ¿es bueno o malo escribir?, ¿es bueno para la memoria o para el olvido?. Puede escribirse en el agua, o en el alma, y solo aquí lo escrito germinará y florecerá.

Y cerró su exposición con una observación y la prescripción de unas tareas. Observó que ante todo hay que tratar de ser bello por la forma de vivir, de hablar, de entender, de amar.

Y encomendó un par de deberes:

1. Escribir cartas, alguna carta a alguien, y a mano.
2. Leer el *Banquete*. Y hacerlo teniendo en cuenta la relevancia de la irrupción de Alcibíades.

Alguien dijo que toda la filosofía no eran sino cartas de amor escritas dirigidas a Sócrates. El no escribió nada, pero gracias a él escribimos. ¿Y las cartas que no escribimos, a donde van a parar?